

LA BROMA DEL FALSO BORMANN

BOGOTÁ.—Cuando ya se ha calmado el alboroto montado alrededor de la presunta existencia del ex lugarteniente de Hitler en las selvas colombianas, una pregunta vuelve a atormentar al mundo: ¿Vive aún Martin Bormann? ¿Moriría realmente el 10 de mayo de 1945? Si vive, ¿dónde se encuentra realmente? Lo cierto es que si Bormann vive, esté donde esté, a esta hora debe encontrarse riendo a carcajadas por el impresionante «show» que la revista bogotana «Cromos 7 Días» organizó en su tristemente célebre prestigio y en su cada día más incógnita existencia. Quizá para estar un poco acorde con el poeta latinoamericano Octavio Paz, Colombia también fue durante los últimos días «contemporánea con todos los hombres», cuando se disputaba la presencia del ex nazi Martin Bormann. El fantasma de este antiguo compañero de Hitler ha sido visto anteriormente en Rusia, en la zona norteamericana de Alemania, en Australia, en el Paraguay, Argentina, Brasil y así sucesivamente hasta llegar a Colombia.

HISTORIA REAL DE UNA FALSA HISTORIA

En este país se encarnó en un viejito alemán, Johann Hartman, quien, según sus propias palabras, vive en el país desde hace más de treinta años. La confusión se debió al afán sensacionalista de un cubano exiliado en el país, antiguo colaborador de «Bohemia», quien, para congratularse más con las autoridades nacionales y la extrema derecha colombiana, montó todo el aparato publicitario disponible, a sabiendas que las pocas pruebas en sus manos no eran suficientes. Estas pruebas sólo eran un rostro alemán malgastado por el tiempo y la selva, y los anhelos de un ser para vivir en paz lejos del mundanal ruido de nuestra civilización. Un redactor y un fotógrafo de la revista «Cromos 7 Días», dirigida por el cubano ex amigo de Fidel Castro, fueron a las selvas del Putumayo para realizar un reportaje sobre los yacimientos y explotaciones petrolíferas de esa región olvidada de Colombia. La broma de un técnico de Texas Petroleum Company, empresa norteamericana que explota el petróleo en la zona, le hizo pensar al reportero que un alemán que vive en la región desde hace mu-

chos años era nada menos que el lugarteniente de Hitler buscado por los caza-nazis hace décadas: Martin Bormann. (En la memoria del periodista estaban frescas aún las noticias provenientes de Bolivia donde había sido expulsada una mujer caza-nazis recientemente, la cual buscaba también un criminal de guerra.) La misión inicial fue suspendida, y amparados por la Policía, pudieron hablar con el extraño alemán, disfrazados de funcionarios del Gobierno. (El anciano ya los había ahuyentado con su escopeta de matar animales el día anterior.) Con el pretexto de un censo agropecuario, el alemán respondió al interrogatorio y se dejó tomar algunas fotos, no sin cierta sospecha. Esas mismas respuestas las repitió Hartman días después de ser detenido por la Policía y llevado hasta la ciudad de Pasto, al Sur del país, ante periodistas nacionales y extranjeros. Ese día,

los ansiosos cronistas de Londres, París y Alemania se enteraron que en verdad habían caído en una trampa periodística: el vejete alemán autoconfinado en la selva no era Bormann y ni siquiera había sido nazi, apenas había luchado en la primera guerra mundial. Se llamaba Johann Hartman y había nacido en Eichel Golsen Kirchen Westfalen. Huyó en un barco en un viaje azaroso que comenzó en Nápoles, pasó por el Ecuador y terminó en las selvas colombianas hace cuarenta años. Allí aprendió el español y el dialecto indio, casándose con una india, con la cual tiene cuatro hijos. Vive de sembrar yuca, plátano y maíz en una finca de 50 hectáreas. Se ha convertido en un ermitaño completo, en una especie de Robinson Crusoe de la selva, que hace unos cuarenta y cinco años no sabe de su familia, y gracias a la publicidad de su confusión con Bormann, él espera que

Hartman, en compañía de su nieto. Los defensores de la identidad Bormann-Hartman encontraron gran parecido entre su rostro y el del Bormann joven.



Johann Hartman, destocado. Una de las «pruebas» estaba fundada en su negativa a quitarse el sombrero para evitar ser identificado.

el Gobierno alemán le pague su pensión como ex combatiente en la primera guerra mundial. De esa guerra, el único recuerdo que le queda es la herida en la base del cráneo y que sirvió también para aumentar los pretextos de identificación con Bormann.

LA RECOMPENSA, QUE CAYÓ COMO AGUA, SE FUE COMO HUMO

Al principio se pensó que la única forma posible de saber si el anciano del Putumayo era el Bormann buscado por el mundo serían las huellas dactilares. En la confusión de la sorprendente noticia a nadie se le ocurrió buscar en los archivos de la población cercana a su casa, Mocoa, donde están las partidas de matrimonio con Eulalia Jojoa, fechada en 1931, y de bautizos a sus hijos por los mismos días en que Bormann desaparecía de Berlín acusado por los rusos. Y era que a nadie le importaba ese hecho tan elemental. Ni tampoco que el raquítico anciano enfermara por la emoción y el tortuoso viaje por la selva. Tampoco que dejara abandonada a su familia a los avatares del azar. No les importó a los periodistas nacionales y extranjeros porque ellos sólo querían comprobar que sí era Bormann. No les importó a los directores de la revista que inició el escándalo, porque lo que buscaban no era sentir siquiera un ápice de humanidad por un anciano que buscó la paz hace tantos años, sino lanzar su publicación a la fama internacional. No le importó a la Policía y al Ejército y al

Servicio de Inteligencia colombianos porque los tres órganos del orden buscaban quedarse con la jugosa recompensa de cien mil marcos ofrecidos por el Gobierno alemán para quien entregue a Martin Bormann. Así que detrás de la barahúnda de los últimos días, de la avalancha vertiginosa de periodistas extranjeros, de los cables y el ruido de los teletipos, y los miles de comentarios que volvieron a llenar las páginas de los periódicos y revistas del mundo entero, sólo queda en claro que el fantasma de un criminal de hace treinta años sigue atormentando al mundo, por un lado, y que un pobre anciano indefenso fue el que terminó pagando con su intranquilidad los platos rotos del escándalo, por el otro. Y es que lo que nadie ha dicho lo sintió en carne propia Herr Hartman: la Policía, en su voracidad confusa, lo sacó a las malas de su retiro en la selva y se lo llevó a Pasto en calidad de detenido.

Los entretelones de la vida doméstica del Ejército, el Servicio Secreto y la Policía colombianas dejaron entrever que el minúsculo detalle de la confusión sirvió para crear un caos interno y movilizar todas las fuerzas del orden como si se tratara de un caso extremo de guerra nacional. Al final, cuando ya todo había pasado y la anhelada recompensa se había esfumado como humo, todos se dieron cuenta que en última instancia habían sido manejados por el afán publicitario de la revista bogotana, del anhelo de fama internacional de su director.

LAS CATORCE "PRUEBAS" PARA IDENTIFICAR A HARTMAN CON BORMANN

La revista que dijo haber encontrado a Martin Bormann en la selva colombiana se basó en lo que llamaron «catorce pruebas de "Cromos 7 Días"».

1.ª La cicatriz que identificó a Martin Bormann, partiendo de la comisura del ojo izquierdo, aparece, según dicha revista, en las fotos del alemán que encontró en la selva del Putumayo.

2.ª En 1945, el ojo izquierdo de Bormann comenzaba a ser estrábico. El anciano alemán también tiene dicho ojo estrábico.

3.ª La similitud fonética de los apellidos Bormann y Hartman.

4.ª La estatura del compañero inseparable de Hitler parece coincidir con la de Hartman, lo mismo que ciertos ademanes (la forma de dejar caer las manos y los brazos, la estrechez de los hombros enjutos).

5.ª Coincidencia exacta de los rasgos fisonómicos de Hartman (trazos de la boca, belfo, nariz, barbilla, base frontal, arcos superciliares) con diecisiete fotos distintas de Bormann.

6.ª El alemán de la selva no quiso quitarse el sombrero nun-

ca (en Pasto dijo a los cronistas extranjeros que no lo hacía por el frío de los Andes), y cuando desapareció Bormann se estaba quedando calvo.

7.ª Hartman dijo tener setenta y dos años. Bormann nació en 1900, es decir, hoy tiene setenta y dos años.

8.ª Todas las descripciones de ambos alemanes coinciden sorprendentemente, excepto un dedo índice y la complexión física. Lo primero se debió a una mordedura de culebra en la selva, y lo segundo a la lucha diaria contra el medio inhóspito.

9.ª El anciano alemán huye no sólo de la civilización, sino de cualquier visitante, por temor a ser descubierto, reconocido por alguien.

10. El nieto de Hartman revela cierto parecido con Bormann joven. Tesis genética.

11. Declaraciones obtenidas por los reporteros de la revista en la población cercana indican que el alemán llegó a la selva poco después de terminada la segunda guerra mundial. (Esta tesis se derrumbó de inmediato, porque otros dijeron que el anciano vivía en Colombia desde que terminó la primera guerra.)

12. Las manos de Bormann son iguales hasta en las dimensiones de los dedos con Hartman.

13. Un dibujante de la revista hizo un boceto de lo que sería Bormann viejo, basándose en una foto de 1945. Según la revista coincidió con la foto de Hartman.

14. Luego el mismo dibujante «rejuveneció» el rostro anciano de Hartman. Según la revista coincidió con la última foto de Bormann, en 1945. Por último, colocaron los bocetos y las fotos sobre un iluminador: todas coincidieron sorprendentemente.

LO ÚLTIMO QUE SE PIERDE SON LAS ESPERANZAS

Como se puede ver, con estas «pruebas» se puede hasta confirmar la existencia no sólo de Bormann, sino de todos los desaparecidos misteriosos de la Tierra. Es cierto que las coincidencias son sorprendentes, pero las «pruebas» en contra terminaron por ser mucho más rotundas. Cuando se constataron las huellas dactilares de Bormann y Hartman nadie dudaba ya que eran dos personas distintas y un solo escándalo verdadero. Sin embargo, en la Redacción de la revista no se dan por vencidos: piensan que las huellas llegadas directamente de Alemania son falsas, que al anciano lo rodea una aureola de misterio y sus múltiples declaraciones lo han enredado en una selva de contradicciones sospechosas. Mientras ellos y el país se resignan, el mundo soporta el mismo interrogante de hace treinta años: ¿Dónde está Martin Bormann? ■
ELIGIO GARCIA.

La Capilla siXtina

MATEMÁTICA MODERNA

El matrimonio posfascista, del que ya he hablado en otras ocasiones, me consulta con grave alarma sobre el problema que le plantean los deberes escolares de su hijo mayor: Fidel. Al niño le cargan de deberes en la escuela, a pesar de la Enseñanza General Básica, la Ley de Educación, el Plan de Desarrollo y el programa televisivo «Crónicas de un pueblo». A pesar de los pesares, los colegios de postín y los otros siguen considerando al niño un lamentable corredor retrasado en la carrera que lleva al Consejo de Administración del Banco Exterior de España. En previsión de que al menos los niños españoles hagan una carrera aceptable, los colegios con celo de prestigio se afanan en que el niño se afane y descubra la náusea existencial antes de los diez años.

—Ya sólo voy y viniendo de casa al colegio y del colegio a casa pierdo tres horas. Esas tres horas las recupera haciendo los deberes en casa, como un forzado. Sixto, como un forzado, que se me saltan las lágrimas al ver tanta infancia perdida.

—El día de mañana se lo encontrarán.

—Si el día de mañana quedara algo para que se lo encontrara mi hijo, pues aún.

—Algo quedará.

—No estoy tan seguro. Además, yo no puedo ayudarlo en los deberes, porque la matemática que el chico estudia no es la que estudiamos ni su madre ni yo. ¡Matemática de conjuntos! ¿A qué te suena?

—A Celia Gámez.

Pese a mis poco piadosas bromas a costa del dolor y el infarto de miocardio de un padre español que no vivirá para ver el IV Plan de Desarrollo, mi blanco corazón sale gravemente arañado por el drama de una infancia traumatizada por los deberes escolares. Aún recuerdo aquellos problemas de regla de tres compuesta en los que invariablemente la cuestión se planteaba en la cantidad de casas que harían trece obreros trabajando en ocho horas diarias (¡oh!, la censura previa aplicada sobre la Aritmética Bruño) durante siete semanas, frente a siete obreros que en cincuenta semanas, trabajando siete horas diarias, han construido ya quince casas.

Se me revela que el planteamiento de este problema no per-

tenece a las aspiraciones de la Matemática Moderna, disciplina con ínfulas einstenianas, que concede a cada escolar un pequeño tanto por ciento de participación en el proyecto espacial «Apolo». Aquellos, mis tiempos, eran los años de aritmética y el nacimiento del fútbol, del primer chicle hinchable y la primera señora de Perón. Cada época tiene la matemática que se merece, y los programadores de españoles con futuro hacen muy bien en adaptar los planes de enseñanza a la posteridad.

Así veo que en los cuadernos escolares de hijos de amigos míos, los conjuntos matemáticos aparecen como cuerpos monocelulares, como amebas caprichosas con cuatro, cinco, seis granitos y adoptando caprichosas formas de protozoo con sarmpiión. Este tipo de matemáticas separa a las generaciones más que la droga y la melena. Barreras de incomprensión se establecen para siempre entre los que aprendimos a sumar con cantilena y los que aprenden a sumar dibujando extraños animales monocelulares. Divorcios irreparables se gestan en esas horas de agonía doméstica, cuando el padre de familia intenta comunicarse con su hijo mediante el viejo recurso de echarle una mano en matemáticas. Inútil esfuerzo. El niño descubre las deficiencias del padre con doce años de anticipación con respecto a generaciones precedentes, y desde el púvilario, la evidencia de que aquel señor, con ojeras y camisa lava y pon, no es de los suyos, se graba en el consciente y subconsciente del futuro trotsquista.

—¡Voy a cortar por lo sano! —grita mi amigo—. ¡Voy a decirle al niño que somos víctimas de la integración y del neoclasismo a través de la enseñanza!

Yo estoy a punto de proponerle la redacción conjunta de una Aritmética Desarrollista, en la que podrían figurar problemas como el siguiente: Siete obreros realizan un puente colgante en trescientas cuarenta y cinco horas, habiendo sufrido entorpecimientos tales como doscientos conflictos colectivos y medio millón de accidentes laborales. ¿cuántos días tardarían siete obreros modelo que no fuman en horas de trabajo y están suscritos a un curso de sánscrito por correspondencia?

SIXTO CAMARA